

Esther Hermitte había llegado el año anterior de la Universidad de Chicago, donde se había formado en la escuela británica gracias a un profesor que fue su director de tesis, Julian Pitt-Rivers, discípulo de Evans-Pritchard. En su seminario focalizado en “mayas contemporáneos” de los Altos de Chiapas a los que había conocido en dos años de trabajo de campo y dos tesis, una de maestría y otra de doctorado, ella debió transmitir la dinámica del trabajo de campo y algunos autores que le parecían relevantes, en especial sobre sistemas de creencias y sistemas políticos. El hecho de que Leopoldo y Carlos fueran los únicos que aprobaron ese Seminario no muestra tanto su calidad de “buenos estudiantes”, sino su capacidad para comprender una disciplina que no se transmitía sólo con los libros sino también y fundamentalmente con la experiencia del trabajo de campo y con cierta articulación teórico-conceptual que había que imaginar por fuera de los moldes provistos por la carrera. Si no el único, este suceso fue crucial para sus carreras académicas porque resultó en la decisión de Leopoldo de continuar sus estudios sistemáticos con un Master y un Ph.D. en la Universidad de Wisconsin (EE.UU.) con Arnold Strickon, un conocido y recomendado por Hermitte que trabajaba sobre la Argentina; también porque resultó en una investigación de la cual Carlos se convirtió en asistente de campo en un proyecto sobre cooperativismo de minifundistas pimentoneros y tejedoras (“teleras”) de ponchos de vicuña en Belén, Catamarca.

Para dar una idea de este proceso es necesario recordar que la Licenciatura en la cual Carlos y Leopoldo adquirieron su primera formación antropológica había sido diseñada por Marcelo Bórmida, un antropólogo físico devenido, ya en la Argentina, en etnólogo de pueblos de la región del Gran Chaco, italiano como su maestro y regente de la antropología porteña desde 1946, José Imbelloni. La antropología que se practicaba y se enseñaba hasta 1958 en los dos grandes centros universitarios del país, Buenos Aires (UBA) y La Plata (UNLP), y en otros centros como Rosario (todavía afiliada a la Universidad Nacional del Litoral), Tucumán y Mendoza, y que nutrió de profesores, programas y bibliografía a las primeras dos licenciaturas nacionales y a la orientación rosarina, fue caracterizada por prácticamente toda la literatura historiográfica de la disciplina como conservadora, exotista y de derecha, en contraposición a la antropología social a la que esa misma literatura calificó de moderna, progresista y comprometida (cfr. Madrazo, 1985; Ratier & Ringuélet, 1997; Garbulsky, 2000, entre otros). A los etnólogos, se decía, no les interesaba el presente; la antropología del *statu quo* sólo buscaba reconstruir el pasado y no mejorar la vida de las poblaciones que estudiaban. Éstas y otras conclusiones por el estilo tienen

Reorganización Nacional” (1976-1983).

Lo que sí es seguro es que la antropología social no gozaba de la simpatía del *statu quo* antropológico de las licenciaturas de la UNLP desde 1957, y de la UBA desde 1958. La orientación británica iniciada aproximadamente en 1910 como ‘*Social Anthropology*’ para diferenciarla de la antropología evolucionista de los *Ethnologists* y de la antropología física de los *Anthropologists* no aparecía demasiado en los programas antropológicos de la primera década de vida de ambas Licenciaturas. Los autores más recurrentes procedían, en cambio, de los países de habla germana (Alemania y Austria) y de Italia, es decir, las patrias de los antropólogos que llegaban al país y también el centro académico del pensamiento humanístico y científico en el cambio de siglo XIX al XX. Esa antipatía se reproducía en cuanto a la antropología más reciente producida en los EEUU la *Cultural Anthropology* y, más todavía, respecto a la línea neoevolucionista de Leslie Whyte, y la *Political Economy* de los discípulos de Julian Steward, Sidney Mintz y Eric Wolf. La cartografía era bastante clara, como si la segunda guerra se hubiera trasplantado a la academia de otras playas.

La extraordinaria vigencia de las teorías centro-europeas (esto dicho en plural), algunas de las cuales ya languidecían en el resto de América Latina cuyas academias eran más próximas a las antropologías estadounidenses, podría explicarse entonces por razones extra-académicas, al menos en parte.

Fue en este marco antagónico a la alianza nord-Atlántica que Hermitte, egresada como Profesora de Historia (las licenciaturas no existían en 1950) de la UBA y adscripta a los grupos que hacían antropología y arqueología en el Museo Etnográfico (hasta que su maestro Francisco de Aparicio fue exonerado-prescindido-expulsado de la UBA en 1947), acabó siendo una de las muy pocas argentinas de la época previa a las reformas del post-peronismo que partió a los EE.UU. para hacer un doctorado antropológico. Los otros fueron un innovador de la arqueología, el médico Alberto Rex González; Martha Blache, egresada de una breve licenciatura en Folklore previa a la creación de Ciencias Antropológicas; y el filósofo Germán Fernández Guizetti desde la UNL/Rosario. Inscriptos en academias de primer nivel en sus respectivas especialidades –Chicago, Columbia e Indiana– regresaron al país en distintos momentos e incidieron profundamente en sus respectivos campos. Mientras, el *establishment* antropológico de Buenos Aires y La Plata, donde Leopoldo y Carlos se formaron, se dedicaba a la difusión y traducción de teóricos alemanes,

sus versiones incidió fuertemente en los estudiantes de algunas Facultades, particularmente en la de Filosofía y Letras (donde se dictaban Ciencias Antropológicas, Sociología, Ciencias de la Educación, Psicología, Historia, Geografía, Historia del Arte, Letras, Filosofía y Bibliotecología), es importante hacer una distinción entre la politización del orden nacional y la politización de los contenidos académicos. Cada disciplina tenía sus particularidades acerca de cómo ensamblar las preocupaciones nacionales y las inquietudes sociales, con sus realizaciones y potenciales estrictamente académicos. En estos ensamblados participaban los hechos nacionales (la proscripción de Perón y del peronismo) y los internacionales (p. ej. la guerra de Argelia, la de Indochina), además de factores como la personalidad y la trayectoria de los profesores, la posición de las cohortes en relación a la todavía cercana fundación de las licenciaturas, el *métier* tal como era propuesto y practicado por los profesores (internamente diverso) y tal como era recibido por los estudiantes, la localización de las materias específicas (segregadas en el Museo Etnográfico), y las “señas particulares” que terminaron componiendo el sentido común acerca de la disciplina. El caso antropológico presentaba dos características centrales: el interés en los sectores periféricos, particularmente las poblaciones indígenas, y la realización *sine qua non*, fuera como fuese, del trabajo de campo.

Muy pocos de los primeros estudiantes de la licenciatura antropológica se dedicarían a la población indígena, al menos tal como lo habían hecho sus profesores. El pasado precolombino y la población indígena de Chaco, La Pampa y Patagonia fueron sus territorios exclusivos y sin competencia de parte de las otras disciplinas; también se abocaron a la cultura de las poblaciones conocidas como “campesinas” que vivían en pequeñas comunidades agricultoras y pastoras del Noroeste Argentino, reducto preferido del Folklore que se sumó a la Licenciatura proveniente de Letras y de la breve Licenciatura en Folklore que había cursado Blache.

En suma y pese a sus cambios, a veces abruptos y de tendencia aparentemente contrapuesta, quienes dominaron la escena antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA no dejaron ingresar a la antropología social anglo-americana ni como material de estudio ni como línea de investigación. Desde 1966 y claramente desde 1973 hasta mediados de 1974, “antropología social” pasó a ser sinónimo de antropología contestataria pero no en su versión anglo-americana, en cuyo caso “Antropología Social” significaba colonialismo (Gran Bretaña) e imperialismo militar y cultural (ejercido por el Departamento de Defensa de los Estados Unidos), con sus afanes de “conocer para desarmar” al

siendo las cátedras en otras carreras y en otras universidades¹².

Para muchos estudiantes avanzados y recién graduados de carreras humanísticas (y a diferencia de lo que ocurría en Ciencias Exactas, la otra Facultad con carreras de fuerte sesgo académico), formarse no era tanto conseguir un doctorado sino aprender un lenguaje político y una forma de argumentar acerca de la realidad social y política. Este sesgo no sólo respondía a los afanes de la juventud politizada. Al ritmo que imponían los golpes de Estado y las intervenciones universitarias desde 1947, más aún, desde 1966, nadie podía creer seriamente que un doctorado garantizaría el ingreso y sobre todo la permanencia en un puesto universitario. Además, y dada la avanzada edad de los estudiantes de antropología, al menos los de sus primeras cohortes, los cursantes eran “viejos” y algunos con familias a cargo, de manera que la inestabilidad académica podría resolverse de algún modo, como lo había sido antes de ingresar a la carrera. En todo caso, el doctorado no protegía de ser el blanco de un escuadrón de la muerte, ni de la sospecha de las facciones contendientes políticas o académicas. Los parámetros se trazaban fuera de la carrera *per se*; la vara se medía en entender mejor y de otra manera la realidad nacional. Todo era interesante y muy poco había sido estudiado; y lo estudiado, lo había sido mal o con prejuicios, como diríamos hoy “etnocéntricamente”.

Pero entonces, había un punto difícil de resolver, un límite arduo de franquear con la formación auto-gestionada que no estaba en la teoría ni

Bórmida logró consagrar al contador público con estudios en sociología Mario Margulis y una investigación sobre la migración rural-urbana (de Chilecito, La Rioja, a Buenos Aires) en clave culturalista del paradigma tradicionalismo-modernización; siendo su contendiente la Ph.D. en antropología de la Universidad de Chicago, Esther Hermitte.

12 Precisamente, Menéndez fue a la Universidad del Salvador y luego a Mar del Plata; Bartolomé y Herrán fueron a Posadas con un plantel casi íntegro de egresados porteños, y Gatti fue a Salta. Esta puntualización pretende complejizar la historia lineal según la cual los jóvenes antropólogos fueron a otras universidades casi en carácter de perseguidos políticos. Aunque la intervención de 1966 afectó a la antropología en sus cuadros subalternos (jefes de trabajos prácticos y ayudantes), lo cierto es que difícilmente ellos hubieran podido establecer una carrera como imaginaban, en un ámbito tan controlado y poderoso como la dupla UBA-UNLP. La ocasión llegó con la intervención peronista de 1973. Pero entonces la militancia ganó terreno sobre la academia y el denostado “cientificismo”. El período 1973-1974 fue demasiado breve para sentar las bases de una academia alternativa (es quizás la revista *Antropología del Tercer Mundo* dirigida por Gutiérrez, la que permite ver algunas ideas tendientes a la alternatividad, y que no se iniciaron en 1973 sino en 1969).

en el acceso a los autores ni en la capacidad de seleccionar las lecturas “correctas”; tampoco estaba en la salida al campo que algunos –no todos– encaraban con bastante decisión, esfuerzo y costo, y desde temprano en sus carreras sea por iniciativa estudiantil o por la de algunos profesores (notablemente con el arqueólogo Ciro R. Lafón). La dificultad estaba en aprender a producir datos que resultaran de la articulación entre el campo y la teoría, y ensamblarlos en un argumento socio-antropológico (que hoy llamaríamos etnográfico) que permitiera una comprensión distinta y novedosa de las vidas de los argentinos. Es decir: la dificultad estribaba en aprender a producir datos de relevancia teórica. En este aspecto cada cual hacía lo que podía, pero con pocos modelos locales y ninguna guía experimentada. Por eso y así como Germani mandó a sus mejores estudiantes a las academias centrales, Esther Hermitte alentó a Leopoldo en la misma dirección. Instalada en el Instituto Torcuato Di Tella ofreció a Carlos Herrán, y más tarde a Beatriz Heredia, recomendada por Alberto Rex González, a convertirse en sus asistentes de investigación (como lo haría con Alejandro Isla y Nicolás Iñigo Carrera en el Proyecto sobre la situación del aborigen en el Chaco). Así que mientras Leopoldo resolvió seguir el mismo camino que ella, aunque en una universidad secundaria (respecto a Harvard, Chicago, o Columbia), Carlos se pegó a ella para aprender investigando.

Antes de analizar brevemente en qué resultaron ambas experiencias, conviene advertir que en ningún caso se trataba de dos mentes en blanco dispuestas a ser entrenadas-colonizadas-transformadas por la Antropología Social anglo-americana. Leopoldo y Carlos venían, efectivamente, de la Universidad de Buenos Aires.

ETNOLOGÍA, FOLKLORE Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Oportunamente, y antes de su tesis doctoral sobre un campo nuevo –*The Colonos of Apóstoles: Adaptive Strategy and Ethnicity in a Polish-Ukrainian Settlement in Northeast Argentina* (1974)– Leopoldo hizo su tesis de maestría con materiales y lecturas que ya llevaba consigo desde una investigación en el Chaco: *Namkom: The Social Ecology of an Urban Toba Community* (1971). Esto no sólo demostraba que los mismos materiales podían trabajarse de manera distinta, ya apuntando a la ecología social y estrategias adaptativas de Wendell Bennett, sino también que su “cabeza teórica” funcionaba adecuadamente en la academia nortea. Allí ingresó probablemente en la segunda mitad de 1969 con ayuda financiera de

la Fundación Ford y la Escuela de Graduados de la Universidad de Wisconsin, y compensando la exención de matrícula prestó servicio como docente auxiliar de algún curso. Así, Leopoldo dejaba una promisoriosa carrera en Buenos Aires, donde se había recibido en 1967 como uno de los egresados más destacados, lo cual le valió un Premio del Fondo Nacional de las Artes y de la Facultad de Filosofía y Letras. En efecto, obtuvo su Licenciatura dentro de los cánones que ponderaba el cuerpo de profesores del Departamento de Ciencias Antropológicas presidido por Bórmida. En la transición entre su graduación y su partida publicó una serie de artículos en sintonía con la línea rectora de la especialidad antropológica, Etnología. Su trabajo final, algo así como una tesina, fue *El pensamiento mítico en la veterinaria folklórica*, premiado con su publicación en *Runa* (1968) dirigida por Bórmida. El artículo muestra, a través de las distintas etapas de diagnóstico, tratamiento y cura de animales, principalmente caballos, en el campo de la provincia de Buenos Aires, cómo Leopoldo buscaba señas del pensamiento y la conciencia mítica. Para ello se valía de un arsenal teórico anclado en la Fenomenología de las Religiones que Bórmida había adoptado con su viraje de la antropología física a la etnología: Ernst Cassirer, Gerhardus Van der Leew, y Rudolph Otto.

Además de “La experiencia estética ante la narración mítica” (1971) y el comentario de Eliot y Alziator “Motivi etnologici e di tradizione popolare nel The Waste Land” (1971), ambos en *Runa*, publicó “El simbolismo de ascensión en un juego infantil: la Rayuela” (1968) en el *Boletín del CAEA*, el Centro Argentino de Etnología Americana creado por Bórmida como dependiente del CONICET y donde Bórmida y su equipo se refugiaron en su forzado alejamiento de 1973-4. Además, también logró publicar “Movimientos milenaristas de los aborígenes chaqueños entre 1905 y 1933” en una prestigiosa revista etnológica, el *Suplemento Antropológico* del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica de Asunción (1972). Esta publicación sucedió en un año a la de los etnólogos Cordeu y Siffredi con su trabajo sobre la rebelión de Napalpí, *De la algarroba al algodón* (1971). Mientras tanto, el hermano de Leopoldo, Miguel, también estudiante de la licenciatura porteña, publicaba artículos en el mismo *Suplemento* sobre los Guaná y los Mbyá-Guaraní de Misiones.

En estos giros, Leopoldo seguía no sólo los intereses de su profesor (Bórmida), sino que se iba aproximando a los de otra de sus filiaciones académicas; la fratria o “hermandad”. Leopoldo aprendió bastante temprano en su carrera que otra antropología era posible; fue a través de las inquietudes de Santiago Bilbao y Hugo Ratier, sus Jefes de

Trabajos Prácticos, graduados recientes de la Licenciatura que se habían “especializado” en la orientación de Folklore, y que renunciaron en julio de 1966 como Hermitte. Se trataba de dos antropólogos de mayor edad que los estándares de egresados de la carrera, con participación política y con cierto empeño en hacer de la antropología argentina un saber útil, aplicado y transformador (tal como bregaba el prólogo al primer número de la revista de los estudiantes y que duró sólo dos números, *Anthropológica*, 1961-2).

La coexistencia de la antropología de la conciencia mítica y la (idea de una) antropología social transformadora parecía posible, y si Leopoldo la encarnaba era porque también campeaba en la misma Facultad y bajo el mismo firmamento profesoral. Eso le atrajo, precisamente, del “ambiente del Museo Etnográfico”, que estaba a unas dos cuadras de la vieja Facultad de Ciencias Exactas donde Leopoldo estudiaba Física. Pero hubo dos factores que lo volcaron a la antropología según alguna vez me contó: se apasionó con la lectura de la Historia Universal de Wells y solía ir a una librería en Caballito donde conoció a dos antropólogos, a Santiago Bilbao y a Norberto Pellisero. Santiago hizo buena parte del trabajo de persuasión que lo llevó primero a agregar una segunda carrera por la que después optó. Algo así como un Malinowski estudiante de Química y Física en Cracovia, encantado por *La Rama Dorada* de Frazer, y finalmente embelesado por Wundt, Westermarck y Seligman. El ingreso de Bartolomé a Ciencias Antropológicas en el '61 debió estar a medio camino entre una decisión y una conversión, con la carga de compromiso que debió transmitirle Bilbao en las charlas de librería. Entonces, pese a tener que hacer la colimba en el '63 (Servicio Militar Obligatorio y masculino, instaurado por ley desde 1901) y cursar con Bórmida, Lafón, Palavecino, Martínez Soler, Menghin, Susana Chertudi, también tuvo a Esther, a Bilbao y a Ratier –“*con quienes teníamos más relación*”–, y a Rodríguez Bustamante en Antropología Social; todas las materias optativas en el Departamento de Sociología y tres en Geografía (dos con Elena Chiozza, compañera de Esther del Profesorado de Historia y discípula de Aparicio).

Alguna vez le pregunté a Leopoldo cómo compatibilizaba a la antropología social y a Bórmida. Entonces me contestó que en los comienzos las alternativas no eran disyuntivas. “Bórmida” era, en sus palabras, “*Tal vez el más brillante de los profes, un fascista, un machista (que resultaba irresistible para las mujeres), pero el personaje de mayor nivel intelectual. Una personalidad muy compleja*”. Pero cuando le pregunté cómo había tomado la decisión de dejar etnología y virar hacia la antropología social,

me contestó rápidamente: “No pensábamos que etnología y antropología social eran substancialmente diferentes, sino enfoques o perspectivas diferentes. No ‘viré’ hacia la Antropología Social, sino que sencillamente me dediqué a lo que consideraba que era antropología. ... no pensábamos en otra especialidad, sino en reorientar toda la carrera en esa dirección. Inclusive muchos orientados hacia la arqueología o el folklore compartían esa perspectiva. Los que vos denominás ‘etnólogos’ no se identificaban como tales, sino por su adhesión a la perspectiva de Bórmida” (Comunicación electrónica, 1996).

Así que Antropología Social era una forma de pensar la antropología como práctica teórica y empírica. La primera posibilidad de Leopoldo con el campo fue Tucumán, ir en 1973 a trabajar con Bilbao y su segunda esposa, Hebe Vessuri, que había hecho toda su formación en la *Social Anthropology* en Oxford. Como esto no fue posible debido al endurecimiento de las condiciones político-militares, surgió la posibilidad de instalarse en la Universidad Nacional del Nordeste en la filial Misiones, tras su previa estadía un año en Mar del Plata invitado por Menéndez.

¿Por qué no aparece en este relato un antes y un después del viaje a Wisconsin? Porque si bien Leopoldo aprendió la propuesta de Bennet y las estrategias adaptativas, además de las relaciones interétnicas de Fredrik Barth, allá en EEUU, el sentido de qué hacer con lo que aprendiera ya estaba antes de partir. Leopoldo iba a irse, y hubiera preferido Manchester, cosa que intentó a través de alguien a quien conoció en el Chaco cuando estaba adoptando una perspectiva más sociológica con quien había sido su profesor en Sociología, Miguel Murmis. Ese contacto con Inglaterra era Eric Hobsbawm quien andaba explorando “rebeldes primitivos” como Isidro ‘Mate Cosido’ Velázquez del Chaco. Sin embargo, la academia inglesa no era tan generosa en sus becas.

El viaje a EEUU se nos aparece entonces como parte de un proyecto radicado en la Argentina, más que como la pretensión de una carrera académica *per se*. Su estadía en el exterior se limitó a dos años (1970 - 1972), y Leopoldo volvió a la Argentina a trabajar, no sólo en su tesis. Su incorporación a la UNNE como profesor asociado fue paralela a su trabajo de campo doctoral en 1973 en la localidad de Apóstoles, en el sur de Misiones, con sus yerbales y teales (plantaciones de yerba mate y té, respectivamente) y cuyos dueños eran sindicados como los más conservadores e incultos de los inmigrantes ultramarinos a la provincia: los polacos y los ucranianos. En este tiempo Leopoldo fue, con sus 31 años de edad, el único antropólogo oriundo de y radicado en la provincia de

Misiones. Sin embargo, no estaba solo. Carlos Toshio Okada, apodado "El Japonés", era sociólogo y docente de la Escuela de Servicio Social de Posadas y acercó a Leopoldo, al crearse la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Además contó con una trama de interlocutores que se auto-definían como "antropólogos sociales" y que trabajaban en el medio rural del norte argentino. A algunos había llegado a través de Bilbao y a otros por Esther: Vessuri ya en Tucumán; su profesora de la UBA Hermitte y su compañero y amigo Herrán convertido en asistente de Esther en Catamarca, y un sociólogo virado a la antropología social gracias a la visita de Sidney Mintz a l'École des Hautes Études donde estudiaba, ahora acompañado por su exótica mujer noruega estudiante de antropología en la Universidad de Oslo: Eduardo 'Lali' Archetti y Kristi-Anne Stölen, en el norte de Santa Fe. Tal era el núcleo duro de la primera antropología social en pleno ejercicio, que pobló la Argentina y que se ocupó de pequeños y medianos productores de *commodities* que no eran ni la carne ni los granos, sino el algodón, la yerba mate, la caña de azúcar y el pimentón; los ponchos de vicuña, y los trabajadores rurales, algunos cooperativizados, otros migrantes.

Los problemas sociales que los acuciaban eran los de la desigualdad, la pobreza y el subdesarrollo en el interior del campo argentino, es decir, en las provincias pobres del norte. Pero, el problema de investigación giraba en torno a los modos en que los productores contribuían a su subordinación y a la expropiación por parte de los grandes pulpos del acopio y la comercialización. Estos antropólogos cubrían de oeste a este las provincias de Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Santa Fe y Misiones (y la antropóloga noruega y compañera de Stölen, Marit Melhuus con los tabacaleros del centro este de Corrientes). El remedio a esos problemas no pasaba por sumarse a la plataforma desarrollista y modernizadora, decían, sino por mostrar sus problemas concretos y encarnados en grupos sociales atravesados por los vaivenes de las políticas de precios, la sobreproducción, la intervención estatal, la plaga de los intermediarios, todo esto en las oscilantes políticas económicas para el sector. Entonces la comprensión/descripción minuciosa producto del trabajo de campo debía ponerse en diálogo con autores que sirvieran para pensar, y si bien en aquella época como en esta, siempre hubo modas teóricas, nuestros antropólogos ponían a trabajar a autores como Bennett, Mintz, Barth y Chayánov, en el campo argentino.

Por eso, antes de terminar su tesis en 1975, Leopoldo preparó con Enrique Gorostiaga (un hombre tan afecto a la sociología como al Jazz)

una compilación de textos básicos de *Estudios sobre el Campesinado Latinoamericano. La perspectiva de la antropología social* (1974). Allí figuraban Eric Wolf, Sidney Mintz, Sutti Ortiz, George Foster, Marvin Harris, Charles Erasmus, Charles Wagley, entre otros. Los compiladores intentaban presentar la antropología social a los debates rurales en la Argentina, y a los antropólogos rurales en un campo ocupado por sociólogos y economistas, y a veces por historiadores. La repercusión en el grupo de antropólogos sociales fue inmediata. En la sección Crítica de Libros de la ya importante revista *Desarrollo Económico* (1975:791-795) del Instituto de Desarrollo Económico y Social IDES, donde todos ellos publicaban, Archetti escribió su Crítica:

“El objetivo principal de este libro es llenar un vacío existente en la literatura antropológica disponible en nuestro país en castellano. Esta carencia local se puede explicar, rápidamente, a partir de la debilidad de la antropología social como disciplina autónoma y al escaso énfasis en los problemas campesinos. El libro que comentaremos es un signo más de dos fenómenos (...): el crecimiento de la antropología social registrado en los últimos años, que se manifiesta tanto en investigaciones con trabajos de campo prolongados como en la aparición de carreras e institutos de investigación en diferentes lugares y regiones del país, por un lado, y por el otro, la aparición de movimientos sociales agrarios inéditos –el caso de las Ligas Agrarias es un claro indicador–, que incitan a pensar y descubrir los procesos y estructuras agrarias argentinas” (Archetti, 1975:791).

Hecha la presentación y el diagnóstico promisorio sobre la disciplina en la Argentina, Archetti se volcaba a analizar la introducción de los dos compiladores, Bartolomé y Gorostiaga, a quienes les preocupaba como problema teórico “la definición del campesinado”. Sin embargo, el crítico respondía que *“lamentablemente, no hay una discusión en profundidad de la importancia teórica de tal o cual texto, como tampoco un intento de relacionarlos en virtud de las inquietudes más sustantivas”* (Archetti, 1975:791). Después de pasar revista por un par de artículos que podían ir en este sentido, agregaba: *“Después de muchas idas y vueltas, de diálogos cruzados y oídos sordos, de muchas páginas de papel impreso, de la aparición de revistas especializadas...”* (Archetti, 1975:792) sugiere una definición común a los autores, la inclusión de artículos que no están presentes en la compilación y rechaza la presencia de otros. Y al cabo de cuatro páginas, de examen crítico de la compilación y de cada autor, concluye que *“Quisiéramos terminar nuestro comentario haciendo resaltar los méritos de esta colección de trabajos. (...) El esfuerzo de Bartolomé y Gorostiaga es mucho más valioso*

que las imperfecciones apuntadas en la selección y organización del material. Sabemos que muchas veces lo deseable, incluidos obviamente nuestros juicios de valor que no necesariamente deben ser compartidos, está lejos de lo que puede obtenerse” (Archetti, 1975:795).

El movimiento se redoblabá; en esta sección de Crítica de Libros de *Desarrollo Económico* estos autores discutían entre sí y a otros con plumas filosas y fundamento teórico anclado en sus propias experiencias de campo y reconociendo, al inicio y al final, la importancia del aporte a un nuevo campo de estudios en el país. Sus miradas estaban puestas en la teoría y en el medio rural argentino, no en los rótulos teórico-políticos. Sus observaciones giraban en torno a los modos de producción y a las relaciones de clase (social) en el medio agrario, en vistas de la intervención sustentada en clave de economía política (Cf. Archetti, 1976 y 1988).

En estos debates el gran ausente era el que aportó magistralmente Leopoldo: el factor étnico que intentaba abrirse paso en algunos autores de aquella compilación aunque en clave culturalista, enfoque evitado por esta orientación auto-definida como antropológico- social. Pero Leopoldo proponía otro tratamiento: los colonos ucranianos y polacos no lograban forjar una empresa capitalista por razones que tenían que ver con sus estrategias adaptativas al medio rural misionero. Esas estrategias resultaban de las relaciones productivas y sociales en el país de origen (siervos rurales en Ucrania y minifundistas en Polonia), la coyuntura de su ingreso a la sociedad argentina (fines del siglo XIX y comienzos del XX), y la dinámica productiva y de comercialización de la yerba mate, el tung y el té desde principios del siglo XX, a lo largo de sucesivas y contradictorias políticas económicas nacionales. Para Leopoldo la cooperativa o, más bien, la participación de los misioneros ucranianos y polacos en las Ligas Agrarias de medianos y pequeños productores del Nordeste argentino, era una solución auto-gestionaria para superar los ciclos de superproducción, la interferencia de los acopiadores, y el constante despoblamiento de las chacras. Pero estos colonos no participaban en las Ligas porque resistían su uniformización con los colonos de origen criollo, tanto como su inclusión junto a la contraparte étnica local (ucranianos o polacos). *“El parroquialismo de base étnica [seguiría en su afán de] inhibir o socavar los esfuerzos para organizar a los colonos para la defensa de sus intereses y así alcanzar mayor fuerza para influir en las decisiones políticas y económicas que afectan directamente sus negocios y nivel de vida frente a los grandes productores y las corporaciones agroindustriales que promovían la profundización de la brecha interétnica en su propio beneficio”* (Bartolomé,

para terminar con las desigualdades sociales en el campo norteño, basadas en la cooperativización de productores de pimentón y de tejidos artesanales en una localidad secundaria de la provincia de Catamarca, tenían el efecto exactamente inverso al esperado; eran cooptadas por una minoría de pimentoneros y teleras “capitalistas” que contaban con la tierra (pimentoneros), la materia prima (tejedoras de lana de llama y vicuña), y sobre todo con el control de “*los canales de comunicación entre la comunidad y la Nación*” para la comercialización de sus productos. Así, “*El desconocimiento de la función que ciertos roles estratégicos tienen en la estructura social local hace que la implementación de esas iniciativas sea dificultosa y que perduren los vínculos solidarios vigentes*” (Hermitte y Herrán, 1970:296) tales como las relaciones de patrono-cliente. Siguiendo a Eric Wolf, sugerían que la nación debía otorgarle a la cooperativa “*todas las funciones del patrono*” para quebrar la relación monopólica y desigual, siempre diádica (Hermitte y Herrán, 1970:315), precisamente porque, siguiendo la noción de “poder delegado” del antropólogo Richard Adams, la cooperativa no revertía la estructura económica de poder local que se beneficiaba con los flujos nacionales de dinero.

Pero Carlos siguió su camino catamarqueño por el norte de Belén y se llegó al Valle de Santa María, el área preferida por arqueólogos y antropólogos rosarinos que seguían al sociólogo Meister (de UBA) y a José Cruz que desde Córdoba llevaba a los estudiantes a Laguna Blanca. En Santa María Carlos estudió las condiciones históricas y sociales de la emigración local masculina a la zafra azucarera de Tucumán, Salta y Jujuy. Pero en vez de confirmar que la migración se debía a los factores de expulsión (pobreza, desempleo, etc.), mostraba en extremo detalle los modos en que los jefes económicos y políticos locales promovían la emigración temporaria, estableciendo acuerdos económicos con los dueños de los ingenios. Carlos no hablaba de *push factors*, como se estilaba en la época, sino que iba derivando, de una sólida caracterización socio-económica a una antropología de la política local y regional, valiéndose de los conceptos de un antropólogo norteamericano que, para entonces, proponía cierto encuentro con el estudio del poder, Richard Adams. Sin embargo, también daba cabida a los tratamientos sobre clientelismo y patronazgo que abordaba con Hermitte en Belén, y que también pintaban Vessuri en Santiago del Estero, el matrimonio Archetti- Stölen (1975) en el departamento de Avellaneda, norte de Santa Fe, y Bilbao con Vessuri veían en los ingenios de Famaillá, Tucumán.

FINAL PARA DOS PRINCIPIOS

Los trabajos de Leopoldo y Carlos de esta primera época se encuadraban plenamente en la línea de la llamada “economía política” de la Antropología Social donde el modo de producción, la tenencia de la tierra (y del agua en Catamarca), la comercialización, la inversión y el crédito, permitían diagnosticar la dinámica de la reproducción de la desigualdad social tanto como la forma de acción política. Pese a su apariencia sociológica, que tan atrás había dejado los estudios etnológicos y la veterinaria folk, estos trabajos no podían haber sido hechos sin un detenido trabajo de campo malinowskiano, por una parte, y sin la inspiración de la orientación “transformadora” y con los pies en la tierra y en las políticas, por la otra. Aunque el estilo de entonces abreviaba en los textos las voces individuales de los nativos, la descripción de las situaciones y la presencia del investigador fueron inexorables. Leopoldo y Carlos pudieron describir la etnicidad y la pobreza sin recurrir al paradigma modernizador y culturalista instalado en la academia argentina por Gino Germani y seguido por el sociólogo Meister (Meister, Petruzzi, y Sonzogni, 1963), y por los antropólogos jóvenes y algunos sociólogos en busca de trabajo de campo, sin una guía sistemática y formada en antropología social.

En suma, Carlos y Leopoldo trabajaron en serio porque tenían mucho que aprender y qué decir, pero de otra manera. Se hicieron a sí mismos mientras hacían su disciplina como un camino de ida, una clave, una herramienta y también un escudo. Por eso cuando a Leopoldo, ya instalado en su Licenciatura en la UNaM, un burócrata militar a cargo de la universidad le informó que tenía la orden de cerrar la carrera de Antropología, Leopoldo le contestó que no veía ningún problema, porque la carrera misionera, la suya, la que pudo desarrollar continuamente hasta fundar los primeros dos postgrados argentinos en la disciplina, era otra cosa: era Antropología Social.

BIBLIOGRAFÍA

Archetti, Eduardo

1975. "Estudios sobre el campesinado latinoamericano" comp. Leopoldo Bartolomé y Enrique Gorostiaga. Crítica de Libros. En: *Desarrollo Económico* Vol. 14 N°56, pp. 791-795.

Archetti, Eduardo

1976. *Economie et Organisation Syndicale chez les "Colonos" du Nord de Santa Fe, Argentine*. These de doctorat de troisieme cycle. Ecoles des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Université de París. Dir: Alain Touraine.

Archetti, Eduardo

1988. *Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe 1971-1976*. Buenos Aires: CEDES, Documento 14.

Archetti, Eduardo y Kristi Anne Stölen

1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI editor.

Bartolomé, Leopoldo

2010. *Argentina: la enseñanza de la antropología social en el contexto de las ciencias antropológicas*. Red de Antropologías del Mundo/World Anthropologies Network. LASA-Ford. <http://www.ram-wan.net/html/documents.htm>

2000. *Los colonos de Apóstoles. Estrategias Adaptativas y Etnicidad en una colonia eslava en Misiones*. Posadas: Editorial Universitaria, UNaM. Traducción del libro publicado por AMS Press de N. York.

1991 [1974]. *The Colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina*. New York: AMS Press, Inc.

1980a. "La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas". En: *América Indígena* Vol. XL, N°2, pp. 207-215.

1980b. "Sobre el concepto de articulación social". En: *Desarrollo Económico* Vol. 20, N°78, pp. 275-286.

1977. "Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones)". En: Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 257-281.

1975. "Uncertainties in Peasant Farming. A Colombian Case" de Sutti Reissig Ortiz. Crítica de Libros. En: *Desarrollo Económico* Vol. 14, N°56, pp. 795-800.

1975. "Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino, de

Eduardo Archetti y Kristi-Anne Stölen". *Crítica de Libros*. En: *Desarrollo Económico* Vol. 15, N°59, pp. 502-504.

1974. "La organización de la unidad económica campesina" de Alexander Chayánov. *Crítica de Libros*. En: *Desarrollo Económico* Vol. 14, N°54, pp. 414-419.

1972. "Movimientos milenaristas de los aborígenes chaqueños entre 1905 y 1933". En: *Suplemento Antropológico* Vol. 7 N°1- 2, pp. 107-121.

1971a. "Políticas y redes sociales en una comunidad urbana de indígenas Toba: un análisis de liderazgo y brokerage". En: *Anuario Indigenista* N° XXXI, pp. 77-97.

1971b. "La experiencia estética ante la narración mítica". En: *Runa* N° XII, pp. 406-417.

1968. "El pensamiento mítico en la veterinaria folklórica". En: *Runa* N°XI, pp. 71-92.

Bartolomé, Leopoldo y Enrique Gorostiaga (eds.)

1974. *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social*. Buenos Aires: Editorial Periférica.

Bilbao, Santiago

1972. *El minifundio cañero de Tucumán*. Seminario sobre identificación y análisis del problema del minifundio en la Argentina. IICA-Zona Sur, INTA-EERA, Famallá (ed. mimeo).

Bórmida, Marcelo

1969. "Mito y cultura. Bases para una ciencia de la conciencia mítica y una etnología tautegórica". En: *Runa*, N° XII, pp. 9-52.

Cordeu, Edgardo y Alejandra Siffredi

1971. *De la Algarroba al Algodón. Movimientos Milenaristas del Chaco Argentino*. Buenos Aires: Juárez editor.

Facultad de Filosofía y Letras

Programas de estudio. Biblioteca "Augusto R. Cortazar". Buenos Aires: UBA.

Garbulsky, Edgardo

2000. "Historia de la antropología en la Argentina". En: Mirtha Taborda (comp.) *Problemáticas antropológicas*. Rosario: Laborde editor.

1987. "José Imbelloni. Positivismo, Organicismo y Racismo". En: *Cuadernos de la Escuela de Antropología* N° 3. Universidad Nacional de Rosario.

Gil, Gastón J.

2011. *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina de los '60*. Mar del Plata: EUDEM.

Guber, Rosana

2010. "La autonomía etnográfica. El trabajo de campo de los antropólogos sociales ar-

gentinos entre 1960 y 1975". En: *Antípoda* N°11, julio-diciembre, pp.189-213. Bogotá: Universidad de los Andes. <http://antipoda.uniandes.edu.co/#>

2007. "Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social porteña". En: *Revista Colombiana de Antropología* N°43, pp. 263-298.

http://www.icanh.gov.co/secciones/publicaciones/download/revista_antropologia/RCA%2043/Guber%20Rosana.pdf

Guber, Rosana & Sergio E. Visacovsky

1998. "Controversias filiales. La imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* N°XXII-XXIII, pp. 25-54, SAA, Argentina.

Hermitte, Esther y Carlos Herrán

1977. "Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino". En: Hermitte, Esther y Bartolomé, Leopoldo J. (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, pp. 238-256.

1970. "¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino". En: *Revista Latinoamericana de Sociología* N°2, pp. 293-317.

Hermitte, Esther y Herbert Klein

1972. *Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos*. Belén 1678-1869. Buenos Aires, Documento de Trabajo, Instituto Di Tella (versión en inglés en: David L. Browman y Ronald A. Schwartz (eds) 1979 *Peasants, Primitives, and Proletariats. The Struggle for Identity in South America*. Mouton Publishers, 49-73)

Hermitte, Esther y equipo (Nicolás Iñigo Carrera y Alejandro Isla)

1996. *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco, y políticas para su integración a la sociedad nacional*. Posadas: Editorial Universitaria. 3 volúmenes.

Herrán, Carlos

1985. "Antropología Social en la Argentina: Apuntes y perspectivas". En: *Simpósio sobre teoría e investigación de la Antropología Social Mexicana*, El Colegio de México, May 11-14.

1979. "Migraciones temporarias y articulación social: el Valle de Santa María, Catamarca". En: *Desarrollo Económico*, Vol. 19, N° 74, pp. 161-187.

Lafón, Ciro René

1967. "Recordación del Doctor Fernando Márquez Miranda". *Runa*, X, N°1-2, pp. 7-15.

Lazzari, Axel

2002. "El *Indio Argentino* y el discurso de cultura: del Instituto Nacional de la Tradición al Instituto Nacional de Antropología". En: Visacovsky, Sergio y Guber, Rosana (comps.) *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Kohl, Philip L. y Gollán, José A. Pérez

2002. "Religion, Politics, and Prehistory. Reassessing the Lingering Legacy of Oswald Menghin". En: *Current Anthropology* Vol. 43, N°4, pp. 561-586.

Madrazo, Guillermo B.

1985. "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina." En: *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* N°1, pp. 13-56.

Meister, Albert; Susana Petrucci; Elida Sonzogni

1963. *Tradicionalismo y cambio social*. Rosario: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral.

Menéndez, Eduardo

1968. "Correo Antropológico". En: *Actualidad Antropológica* N°3, pp. 48-50.

Ratier, Hugo E. y Ringuet Roberto R.

1997. "La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia." En: *Horizontes Antropológicos* Vo. 3, N°7, Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul, pp. 10-23.

Vecchioli, Virginia

2002. "A través de la etnografía. Representaciones de la nación en la producción etnográfica sobre los tobas". En: Visacovsky, Sergio y Guber, Rosana (comps.) *Historias y estilos de trabajo de campo en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Vessuri, Hebe

1975. "Basic concepts of Rural Sociology" de Boguslav Galeski. *Crítica de Libros en Desarrollo Económico* Vol. 15, N°58, pp. 319-322.